

El dólar, de Perón a CFK

SEBASTIÁN ACKERMAN

LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN (FSOC-UBA), ESPECIALISTA EN GESTIÓN DE LA EMPRESA PERIODÍSTICA (FSOC-UBA), DOCENTE E INVESTIGADOR DE LA FACULTAD.

ESTEBAN ACKERMAN

LICENCIADO EN CIENCIA POLÍTICA (FSOC-UBA), MAESTRANDO EN ECONOMÍA POLÍTICA (FLACSO).

Los diferentes usos del dólar

El dólar se convirtió en eje de varios debates en la Argentina de los últimos tiempos. Sin embargo, este no es un efecto novedoso en nuestra historia. En ese sentido, cabe preguntarse por qué la moneda norteamericana suele ser el eje de varios intercambios de ideas de nuestro país. ¿Qué es lo que genera este fenómeno?

El dólar es la divisa de mayor aceptación mundial y cumplió diferentes roles (y, por lo tanto, tuvo diferentes comportamientos) ante cada “patrón de acumulación” (Basualdo, 2007) que se desarrolló en la historia argentina. Durante la etapa agroexportadora (1880-1940) se destinó al financiamiento del consumo suntuario de los sectores dominantes que eran, a su vez, los “generadores” de esas divisas como dueños de los campos.

En un repaso que no apunta a ser exhaustivo, sino a clarificar algunos puntos centrales, podemos ver que en los años '40 la Argentina inicia una nueva etapa que se conoce como de industrialización por sustitución de importaciones. Todo proceso de industrialización reconoce, en sus inicios, la necesidad de generación de divisas (sea por ventas al exterior o endeudamiento) para financiar la adquisición de maquinaria importada que todavía no produce. Este requerimiento conllevó una relación directa con el aumento de producto, o sea, a medida que aumentaba el PIB se requerían mayores importaciones. Al agotarse las divisas se generaron cuellos de botella que derivaron en fuertes devaluaciones. Esta salida generaba una caída del PIB por enfriamiento y menor demanda de insumos importados; por otro lado, un mayor estímulo a las exportaciones. Este comportamiento, conocido como ciclo de “stop and go”, fue la forma en que se administró un recurso escaso como las divisas. En este caso podemos ver que el comportamiento de la demanda de dólares obedece a la dinámica propia del proceso de industrialización y no al consumo, el ahorro o la especulación.

En el año '76 se inaugura una nueva etapa en la historia argentina. La demanda de dólares deja de tener una relación directa con el comportamiento del PIB. El nuevo patrón de acumulación fue llamado de “valorización financiera y ajuste estructural” (Basualdo, E., 2010) y estuvo signado por un cambio

estructural en la economía y en la sociedad. El eje ordenador de la nueva etapa fue la valorización financiera del capital que requirió de un diferencial de tasas interna e internacional. El mecanismo era el siguiente: el sector privado se endeudaba en el exterior, ingresaba los capitales y los colocaba a plazo en el mercado local a una tasa mayor. Una vez valorizado internamente, se fugaba el capital resultante. El resultado daba un saldo negativo en la balanza de pagos (que se cubría con el creciente endeudamiento externo público) ya que se pagaba la deuda contraída y se obtenía una ganancia como resultado final.

Para esto fue necesaria una modificación del sistema financiero y del mercado de capitales. Por un lado se adoptaron una serie de medidas liberalizadoras del sistema financiero (Allami y Cibils, 2010) y se eliminaron todos los controles de cambio instaurando la libre movilidad de capitales. Así el dólar pasó a jugar el rol de garantía en el proceso de endeudamiento-valorización-fuga.

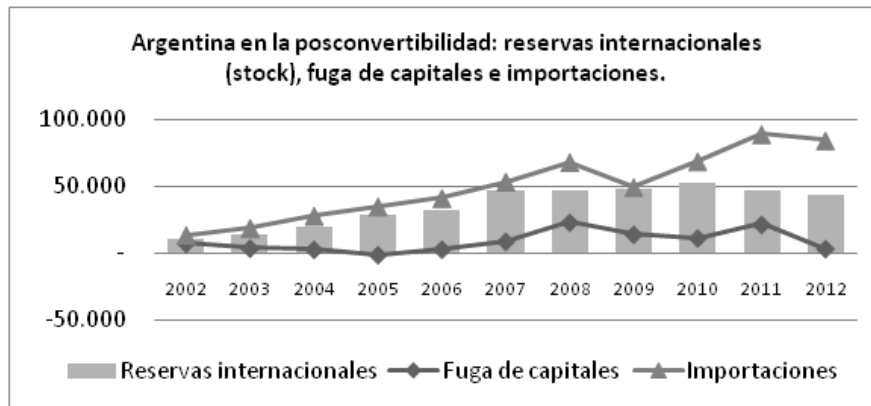
A su vez, en esta misma etapa (1976-2002) el dólar pasó a ser la reserva de valor más confiable para una parte de la sociedad. Este rol fue ocupado como consecuencia de los procesos hiperinflacionarios del '76, '83-'84 y, principalmente, '89-'90, cuando la moneda nacional perdió la característica del dinero de ser reserva de valor, ya que en algunos meses la variación de precios superó el 300%.

En la década del '90 logró "eliminarse" la inflación con la convertibilidad (luego de un cambio considerable de precios relativos favorable a los no transables). Paradójicamente, la estabilidad de precios implicó la profundización del plan iniciado por la dictadura: la valorización financiera obtuvo un seguro de cambio gratuito, eliminando el riesgo devaluatorio de la ecuación. A su vez, la liberalización total de la cuenta capital y del mercado cambiario se mantuvieron durante toda la etapa convertible. Consecuencia inevitable fue el crecimiento de la deuda externa, tanto privada (valorizadores) como pública ("garante" de la provisión de divisas).

Deuda externa pública, privada y total

Durante la crisis de 2001 se alteraron todas las instituciones (políticas, económicas y sociales). Aun así, se mantuvo la libertad del mercado cambiario (con un nivel peligrosamente bajo de reservas).

La posconvertibilidad marcó el final de la valorización financiera y ajuste estructural a la vez que las políticas desarrolladas generaron un fuerte crecimiento del producto (y de la industria, destruida por el antiguo patrón de acumulación). Durante esta etapa las divisas del país (que crecieron fuertemente) financiaron el proceso de crecimiento (las importaciones tienen una relación directa, cíclica, con el PIB), el pago de deuda y a financiar la extranjerización de la estructura económica argentina (vía remisión de utilidades). Aún vigente la libertad en el mercado cambiario, en coyunturas políticas particulares (como por ejemplo una elección o una disputa particular con algún grupo de poder) se registraron fuertes corridas cambiarias. En estos casos, las divisas fueron utilizadas como forma de resolución del conflicto pero la sociedad pagó el costo con la pérdida de reservas.



Fuente: Elaboración propia con datos del INDEC y el BCRA.

Ante estas situaciones, combinadas con la crisis internacional (que afecta las exportaciones locales), se registró un amesetamiento en la acumulación de reservas (incluso caída desde el 2011). Eso llevó al gobierno a cerrar el mercado cambiario para atesoramiento, como forma de proteger un bien escaso de la sociedad en su conjunto y fundamental para cualquier proceso de desarrollo. Pero esa medida chocó contra un imaginario muy arraigado durante muchos años de neoliberalismo.

El dólar en el imaginario neoliberal argentino

La pregunta que orienta estas reflexiones es: ¿por qué el dólar ocupa el sitio privilegiado que ostenta hoy en amplios sectores urbanos? A nuestro entender, las diversas formas de organización (y práctica) social en torno a los postulados del neoliberalismo juegan un papel central en este nuevo tipo de valoración del dólar como emblema: es que la versión nova del liberalismo trocó su corazón del sistema de producción en la economía real al desarrollo y consolidación de la financiarización del sistema productivo que ya poco se preocupa por la producción y se interesa principalmente por los flujos de capitales.¹

Un gran triunfo cultural del neoliberalismo fue el de hacer equivalentes libertad —en un sentido amplio— y libre mercado. ¿Qué queremos decir con esto? Que no hay un pueblo libre, elecciones libres, prensa libre, individuos libres si el mercado no es regulado por... sí mismo. Y en esa equivalencia, el dólar es el elemento intercambiable por cualquier cosa que se presente en ese mercado —de esta manera, llega a convertirse en el equivalente universal de la libertad. Este carácter de equivalente del dinero, en tanto mercancía específica, ya lo planteó Karl Marx en *El Capital*, señalando que no era un descubrimiento propio, que la “Economía Política Clásica” (Adam Smith y David Ricardo como sus “mejores expositores”) ya lo habían visto. Pero remarcando que había algo que a ellos se les había escapado: el carácter *histórico* de esa equivalencia (en tanto específica de la forma de producción capitalista). Así, al establecer límites a la libre adquisición del dólar, al estipular un control de cambio sobre la moneda extranjera *en tanto mercancía*, el sentido común ubicó bajo el control estatal no a una divisa extranjera, sino a lo que el dólar vendría a representar en el imaginario de los sectores sociales formados al calor del neoliberalismo: a la libertad misma.

¹ No decimos con esto que el capitalismo, en su versión neoliberal, dejó de producir, sino que su característica distintiva es, ahora, el sistema financiero. El desarrollo de este postulado excede el fin de este artículo.

Argentina es el país con más dólares per cápita circulando del continente, después de Estados Unidos. Como lo señala Alfredo Zaiat en sus columnas en el diario *Página/12*, en Brasil cada persona tiene en promedio 6 dólares en billetes; en Argentina, 1.300, según el registro oficial de 2005, y en 2012 habría alcanzado el récord de 2.000 dólares per cápita. Los principales argumentos para sostener la adquisición de dólares en una economía acostumbrada a los cambios bruscos como la argentina en los últimos 40 años, aunque no sea el único país que haya sufrido crisis de este tipo, apuntan al aspecto racional de la economía desde una perspectiva neoliberal: cuidar los ahorros, protegerse frente a la inflación, asegurarse una ganancia. Sin embargo, en la posconvertibilidad la tasa de devaluación del dólar es menor, incluso, a la de plazos fijos en pesos, bonos o acciones.² Ese efecto racionalizador del significado de la práctica efectiva es retroactivo respecto de las causas inconscientes que lo sostienen, los argumentos en defensa de la “libertad” (individual, por supuesto) de comprar dólares libremente en el mercado se constituyen retroactivamente, es decir hacia atrás en la cadena significativa, a partir de organizar esa cadena significativa a través de lo que el filósofo Slavoj Žižek —retomando a Jacques Lacan— llama un “significante amo”, que en este caso sería *Neoliberalismo* —y desde allí, por supuesto, entender la libertad (¿y dónde se puede medir el “índice de libertad”? En el mercado...).

Por supuesto, esta posición teórica implica un antiesencialismo radical, ya que al plantear la idea de que el sentido se produce a partir de una articulación que tiene un efecto retroactivo, nos alejamos de las posturas que sostienen que ese sentido se encuentra en el origen. ¿Por qué es un antiesencialismo? Porque todo esencialismo plantea, más allá de diferencias entre distintas líneas, un sentido primigenio que le pertenece a la cosa de manera inmanente y es inmodificable por el hombre o por cualquier instancia histórica. Podríamos decir: el esencialismo dice que las cosas son lo que son, y siempre fueron (y serán) así.

Este efecto retroactivo del sentido se produce, dice Žižek, a partir de organizar el sentido de cualquier sintagma, acción o práctica social desde un “punto de acolchamiento” específico, que reorganiza

²No tomamos en cuenta aquí la posibilidad de vender dólares comprados antes del control de cambios en el mercado ilegal, ya que no es una opción de inversión que pueda planificarse.

en una dirección particular la significación que pueda tener esa frase o hecho social. Este significante amo, entonces, es el lugar en el cual el sujeto se constituye en el mundo, haciendo carne esa perspectiva ideológica en tanto visión y valoración del mundo.

El proceso se da siempre *hacia atrás*, de manera retroactiva, en tanto el sentido siempre se produce a posteriori: por decirlo de alguna manera, primero sucede (el discurso, el hecho, la práctica) y después significa (de acuerdo con qué significante amo detengamos ese fluir de posibles significaciones). Podemos pensar como ejemplos de estas operaciones en las diferentes interpretaciones que pueden hacerse respecto de aquellas frases o conceptos que se definen de acuerdo al contexto en el cual se articulen: “justicia”, “libertad”, “seguridad”, “democracia”, pero también “gobernar bien” o “vivir mejor”. No es lo mismo pensarlos desde el neoliberalismo, el socialismo, el comunismo, pero tampoco desde el ecologismo o el feminismo (por mencionar algunos posibles significantes amo que sean fáciles de identificar).

Esta especie de punto de vista inconsciente es donde, explica el esloveno, se apoya lo que en psicoanálisis se conoce como el fenómeno de la *transferencia*, por la cual se produce la ilusión de que el sentido de un discurso, hecho o práctica estaba presente allí desde el principio, cuando en realidad, como vimos, se fija retroactivamente. Y señala que la relación entre la ilusión de la transferencia y la operación de acolchamiento retroactivo tiene éxito, es decir logra consolidar un significado, en la medida en que borra sus propias huellas: esta producción retroactiva de sentido es efectiva cuando desconocemos este proceso, cuando organizamos nuestro pensamiento y nuestras prácticas *como si el sentido hubiera estado siempre allí, desde el comienzo*. Y esto es central porque, en tanto sujetos sociales, actuamos en el mundo de acuerdo a los significados que le asignemos a los distintos elementos que conviven en él.

En otras palabras: la significación que adquiere un elemento articulado bajo un significante amo es una “autoevidencia”, en el sentido de que aparece como siempre-habiendo-estado-allí. De esta manera, se construye lo que podemos llamar sentido común: son aquellas verdades que no necesitan de explicación, porque serían ellas mismas *su propia explicación*. Es un efecto tautológico: la explicación de una verdad de estas características es su propia enunciación, ya que al enunciarlas se asume de antemano que todos entendemos lo mismo, y por lo tanto se constituyen en verdad siempre antes de su justificación—y es siempre antes, porque un análisis o justificación desarma esa autoevidencia.

El efecto de acolchamiento sobre la libertad desde el neoliberalismo, acolchamiento que permite incluso representar *todas las libertades a través de la libertad de mercado*, aparece como siempre-estando-allí, con un efecto de deshistorización radical en tanto (también de manera retroactiva) hace intercambiables todas las etapas históricas por el presente: ya no “todo tiempo pasado fue mejor” sino “todo tiempo pasado... fue el mismo”. Este proceso puede describirse en los términos en los que Marx planteó que todos los hombres y mujeres que concurren al mercado a comprar mercancías, en realidad lo que están haciendo es equiparando trabajo humano abstracto: “No lo saben, pero lo hacen”, y convierten a todo producto del trabajo en un “jeroglífico social” del que su desentrañamiento, señala Marx, “en modo alguno elimina su forma de cosa” (Marx, 2010). Esa misma conversión en jeroglífico de toda mercancía es lo que nos permite analizar el jeroglífico *dólar*, mercancía entre las mercancías. Y arriesgar que lo que hoy muchos no saben, pero lo hacen es pasar de equiparar trabajos disímiles en el mercado a través del precio (y el dinero) en un capitalismo liberal (basado en la producción y el intercambio de mercancías), a sostener la ilusión transferencial libertad de mercado=libertad (en general) a través de la libre compra de dólares.

Y el punto aquí está, entendemos, en un señalamiento que hizo Zizek respecto del elemento que permite sostener la ilusión de libertad en el mercado. El autor se pregunta respecto de qué lado es el que sostiene esa ilusión: ¿la del saber o la del hacer? Responde: está del lado del *hacer* (Zizek, 2003). *Actuamos como si no supiéramos las consecuencias de nuestros actos, como si fuéramos sujetos libres, de razón, que sólo buscamos el propio beneficio, y así colaboraríamos con el beneficio social —la mano invisible del mercado.*

Como desarrollamos más arriba, la transformación del dólar como mercancía y los fines o funciones que cumplía en diversas etapas históricas en nuestro país, ofrece a la mirada analítica un contrapunto entre lo social/colectivo y lo individual: la dolarización de la economía (y la libre circulación de dólares) desbarata toda posibilidad de planificación social de la economía (perspectiva social de la circulación) en favor de las “libertades individuales” del libre mercado, señalando la paradoja de que la “libertad absoluta” de circulación de bienes en el mercado socava la posibilidad de una planificación y utilización social de esos bienes. Pérdida de soberanía en beneficio de los sectores acomodados.³

³ No queremos decir con esto que todos los que tengan o puedan comprar dólares pertenezcan a la oligarquía o los sectores dominantes. Esta

¿Qué es lo que el control de cambio —en todas sus facetas: restricción a la compra de moneda extranjera, permiso para hacerlo, impuesto a la compra en el exterior con tarjeta de crédito o débito— “altera” en la vida cotidiana? Justamente, ese imaginario de clase que equipara libertad (en su máxima abstracción, porque ¿qué es la libertad?) a libre circulación de mercancías. Es paradójico, cuanto menos: una de las principales funciones que cumplía (y sigue cumpliendo, más ahora) la posibilidad de comprar dólares era la de señalar una distinción, una distancia que existe entre quienes pueden y quienes no, sobre todo entre lo que Pierre Bourdieu llama “el pequeño-burgués” (Bourdieu, 2012) (con criterios aspiracionales e identificatorios con los sectores dominantes) y los sectores populares, para decir “nosotros no somos parte de eso” de manera material y simbólica.

Cuando lo material deja de ser el signo de la distancia (vacaciones, computadora, automóvil), lo simbólico ocupa ese lugar (“capacidad de ahorro”: comprar dólares para atesorar, sin un fin específico/inmediato). La supuesta pregunta formulada por Perón “¿Alguien vio alguna vez un dólar?” dice mucho más de lo que pregunta: ¿para qué querríamos ver un dólar, si “sirve” para cumplir objetivos de Estado, es decir, de la comunidad? Su función es colectiva, su apropiación es social; no se es más o menos libre por la cantidad de billetes que se posea. En cambio, medio siglo después es el símbolo de la libertad individual: ausente el Estado o, mejor dicho, presente en otras formas, la apropiación de la divisa es individual, incluso en contra (perjudicando) a la comunidad.

La compra de dólares, así, se convierte en una acumulación sin fin, en su doble sentido: por un lado, nunca es suficiente (o su reverso positivo: siempre se puede acumular más); y por el otro, no tiene un destino previsto de antemano, más allá de la acumulación por la acumulación.⁴ Pero además, se trata de una acumulación que no tiene destino productivo o incluso de circulación, sino que más bien parece destinada a fines especulativos, característica, a nuestro entender, del carácter “neo” del liberalismo.

definición se realiza, antes bien, con criterios teóricos y analíticos.

⁴ No desconocemos que, en algunos casos particulares, pueda tener un fin prefijado: la compra de un inmueble, un viaje o cuestiones similares. Pero a los fines del presente artículo, creemos que esos casos son por un lado los menos representativos y, por el otro, los que menos reflexiones habilitan.

Bibliografía

Allami, C., Cibils, A. (2010). "Desde la reforma de 1977 hasta la actualidad". En revista *Realidad económica*, N° 249. Buenos Aires, IADE.

Basualdo, E. (2010). *Estudios de historia económica argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.

----- (2007). "Concepto de patrón o régimen de acumulación y conformación estructural de la economía". En Flacso, marzo 2007. http://www.flacso.org.ar/uploaded_files/Publicaciones/mep_dt01.pdf, visitado el 18/7/2013.

Bourdieu, P. (2012). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Tusquets.

Marx, K. (2010). *El capital. Tomo I/Vol. I*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Zaiat, A. "Drogadólar dependiente". En diario *Página/12*. Buenos Aires, 3 de junio de 2012.

Zaiat, A. "Por qué, cuántos y quiénes compraron". En diario *Página/12*, Buenos Aires, 4 de noviembre de 2012.

Zizek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires, Siglo XXI.